

**Alejandra Mailhe (comp.), *Pensar al otro/pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*
La Plata, Ediciones al margen, 2010, 380 páginas.**

En las últimas décadas, el interés creciente por el estudio de lo popular ha puesto de manifiesto la posibilidad de su abordaje desde distintas líneas, éstas se han referenciado principalmente en los estudios culturales anglosajones y los latinoamericanos, en la crítica poscolonial, en el giro descolonial y en los estudios de la subalternidad. *Pensar al otro/pensar la nación* también se interroga por la cultura popular, pero lo hace desde el campo disciplinar de la “historia de las ideas”. Los once artículos que componen el libro buscan establecer el modo como una serie de intelectuales, anclados en Argentina, Brasil y Perú, concibieron lo popular y lo articularon con la identidad nacional y/o continental durante el siglo XX, ese siglo que precisamente tuvo uno de sus focos de conflicto más álgidos en la creciente pulsión de inclusión material y simbólica de los sectores populares.

La compilación propone, entonces, una reconstrucción de distintos modos de pensar al otro y la nación que es, al mismo tiempo, una muestra de los aportes al estudio de lo popular que puede realizar la historia de las ideas, sobre todo cuando ésta se practica desde una concepción amplia en la que es central la reposición de la dimensión material en tanto condición necesaria de la circulación de las ideas. Por otra parte, cabe destacar que la lectura del conjunto de los trabajos también tiene la virtud de poner de manifiesto la diversa relevancia que se puede asignar a los distintos planos (el biográfico, la lógica discursiva, la sociabilidad intelectual) involucrados en el abordaje de las ideas y sus materialidades — característica que seguramente se deba a que los autores de los artículos se han formado originariamente en campos disciplinares diferentes, a saber la filosofía, la sociología, la historia y las letras.

Pensar al otro/pensar la nación, libro que toma su nombre de la línea de trabajo de un equipo de investigación, se compone de una breve introducción y cinco secciones. En la introducción, la compiladora, Alejandra Mailhe, explicita algunos presupuestos teórico-metodológicos que debieran estar a la base de una investigación como la propuesta. Entre ellos, puntualiza que no debe pasarse por alto que el análisis de los discursos de los intelectuales sobre los “otros” sociales arroja también información sobre el “nosotros” desde donde se recortan las alteridades, y más específicamente sobre la dinámica del campo intelectual y las estrategias de autolegitimación de los intelectuales. Asimismo, subraya la importancia de aproximarse a esos discursos desde una mirada compleja que no soslaye el carácter contencioso y los elementos contradictorios que inevitablemente recorren toda construcción de lo popular y lo nacional. Sobre esta cuestión justamente volverá Mailhe en el artículo que cierra el libro cuando señale la productividad actual de un aparato conceptual desenzalizador como el construido por el antropólogo francés Roger Bastide en los años setenta para captar la dinámica específica de la cultura afro-brasileña.

Luego de la introducción, los once artículos, agrupados en cinco secciones, proponen un recorrido que avanza cronológicamente desde las primeras décadas del siglo XX hasta los años setenta. A partir del recorte de la obra y el itinerario intelectual de uno o dos intelectuales latinoamericanos —que no en todos los casos pertenecieron a la elite cultural—, se emprende el análisis del modo en que fue problematizada la cultura popular y su inscripción en la comunidad nacional, e incluso —según ilustra la cita del *Ariel* de Rodó elegida como epígrafe del libro— se revisan las estrategias empleadas por ciertos intelectuales para erigirse en articuladores privilegiados entre la cultura popular y la cultura de elite.

La primera sección se titula “Del positivismo al culturalismo en las primeras décadas del siglo XX: paradojas y ambivalencias en el ensayo de Argentina y Perú” y recoge los trabajos de Margarita Merbilhaá y Martín Castilla. En “Descifrar el presente para imaginar el destino americano: en torno a los ensayos de Manuel Ugarte y Francisco García Calderón”, la autora se centra en la matriz positivista, y específicamente racialista, retomada de distinto modo por cada uno de esos intelectuales, para reconstruir los diversos elementos operantes en la articulación de dos discursos positivos sobre el destino latinoamericano. Por su parte, “Un indigenismo contradictorio. Luis Valcárcel y *Tempestad en los Andes*” aborda el discurso sobre la cuestión indígena publicitado, a fines de la década del veinte, por quien se convertiría en uno de los antropólogos más importantes del Perú. Las fuertes tensiones descubiertas allí por Castilla nos traen al presente una compleja mirada sobre la construcción de la alteridad indígena y la autolegitimación de una nueva generación intelectual, mirada que, entre otras cosas, pone de relieve el disímil horizonte significativo desde el que nada menos que Mariátegui se había propuesto recuperar el texto en el momento de su publicación.

La segunda sección, “Brasil y Argentina: miradas cruzadas en el viaje intelectual” se compone de dos artículos que, centrados en la estadía en el extranjero de Oliveira Lima y Bernardo Kordon, revisan

las consideraciones y los vínculos entablados por esos intelectuales. En “La Argentina según Oliveira Lima. Impresiones de viaje, vida política y sociabilidad intelectual (1918-1919)”, Kátia Gerab Baggio emprende una detallada reconstrucción del viaje argentino del intelectual y diplomático brasileño; a través de ello contribuye a mostrar que, a pesar de la visión frecuente, existieron tempranos vasos comunicantes entre ambos países. Adrián Celentano, por su parte, también da cuenta de esos intercambios culturales. En “El viaje brasileñista de Bernardo Kordon” se analiza cómo este escritor y ferviente agitador cultural produce a fines de los treinta una serie de libros en los que, basándose en algunas obras brasileñas y su propia experiencia, hace circular en la Argentina varios tópicos de la cultura afro-brasilera, y específicamente de las prácticas populares del candomblé y el bandidismo, que luego serán retomados en el análisis de la cultura popular local.

“Intelectuales filósofos en Argentina: del primer Peronismo al exilio de los sesenta” agrupa tres trabajos sobre filósofos argentinos que produjeron una explícita reflexión sobre lo popular y que recién en los últimos años han recibido una mayor atención de la crítica especializada. En “Carlos Astrada y la idea de un humanismo nacional”, Mauro Donnantuoni Moratto busca reponer el fructífero diálogo imaginario que Astrada entabla a lo largo de su producción filosófica con la obra de Heidegger, filósofo con el que aquel se había formado en su juventud. El artículo muestra que es a partir del creciente interés por la ética y la política que el argentino se distancia del fundamento poshumanista y posmetafísico de la “verdad del ser”, propuesto por el alemán, para reconocer en la “verdad del ser humano” la posibilidad de articular un “humanismo de la libertad” que, en tanto está anclado en la “comunidad que se vive”, tiene la virtud de establecer el fundamento posmetafísico de lo local y parcial. En “Después de la muerte del arte. Una teoría crítica de la cultura en la *Estética operatoria* de Luis Juan Guerrero”, Luis Ignacio García también se concentra en un filósofo formado en la matriz heideggeriana que se aleja de ella para extraer conclusiones políticas disímiles a las del alemán. En la lectura de Walter Benjamin, Guerrero —amigo y discípulo de Astrada— habría encontrado la posibilidad de pensar de un modo positivo la conexión entre lo popular y el arte en la época de la reproductividad técnica, dando lugar a una teorización de la cultura en la que García invita a identificar núcleos aún productivos. Finalmente Adrián Ercoli en “Rodolfo Agolia: filosofía y cultura nacional” muestra como, en diálogo con Hegel, el filósofo argentino produce una obra que trabaja la tensión inherente a la filosofía, a saber su intento de pensar lo absoluto y, al mismo tiempo, su inevitable condición histórica, que le exige estar al servicio de la cultura. La identificación de esa tensión está lejos de ser una mera distinción conceptual, pues es en ella que Agolia encuentra el llamado a construir un pensamiento filosófico latinoamericano.

La cuarta sección, “Tradición discursiva y cultura popular en Martínez Estrada y el comunismo argentino”, está compuesta por los textos de Hernán Pas, Alejandra Mailhe y Adriana Petra. En “Ezequiel Martínez Estrada y la tradición en y del ensayo de interpretación nacional” Pas se concentra en *Radiografía de la pampa* y *¿Qué es esto?* para rastrear la visión sobre la tradición colonial implícita en esos ensayos. Los múltiples elementos puestos a funcionar en la lectura logran poner de manifiesto no sólo las conexiones que, a pesar de los casi veinte años que los separan, guardan esos textos, sino sobre todo el lugar social que, a partir del uso selectivo de la tradición, Martínez Estrada recorta imaginariamente para la figura del ensayista. En el siguiente artículo, “Los sectores populares y la cultura popular en el ensayismo de Ezequiel Martínez Estrada, 1950-1960”, Mailhe reconstruye la interpretación del peronismo propuesta por el mismo intelectual, para poner de relieve las contradicciones que —de un modo más patente desde las declaradas simpatías hacia la revolución cubana— recorren su abordaje de las culturas populares, el mestizaje y la relación simbólica entre intelectual y pueblo. A la base de esas contradicciones, siguiere la autora, se encontraría la conceptualización rígida y esencializante de la matriz ensayística del autor. En “Los intelectuales comunistas y las tradiciones nacionales. Itinerarios y polémicas” Petra se detiene en un ensayo de Héctor Agosti y otro de Amaro Villanueva, de fines de los cuarenta, dos textos con los que, en discusión con los ensayos de interpretación nacional, esos intelectuales participan de la polémica en torno del vínculo entre literatura gauchesca y nación. La reconstrucción de las diferentes conclusiones a las que arriban Agosti y Villanueva termina por mostrar la existencia de una rica cultura comunista argentina que, al menos en los años previos a la adhesión al “realismo socialista”, justifica la categoría de “intelectual comunista”.

En el único artículo que compone la última sección del libro, titulada “Nuevos vínculos con el ‘otro’ y nuevas epistemologías: Roger Bastide y los estudios afro-brasileros”, Mailhe repasa el itinerario y las reflexiones teóricas del intelectual francés. Como mencionamos, “Mediaciones mestizas. Reflexiones en torno a la tensión ‘teoría central’ / ‘realidad periférica’ en la obra de Roger Bastide” no sólo reconstruye la revisión teórico-metodológica a la que se ve forzado el francés a partir de su contacto con la cultura popular brasileña, sino que, al mismo tiempo, siguiere el modo como deberían abordarse las construcciones de los intelectuales sobre la cultura popular y la nacional: justamente ese intento,

reconocible en los once artículos, de recuperar la riqueza de los discursos en una tensión que no desatiende a las materialidades ni propone aproximaciones esquemáticas.

Natalia Bustelo